

DIOS Y EL MISTERIO DEL MAL. SANTO TOMÁS Y CORNELIO FABRO

“El sufrimiento es el megáfono que Dios utiliza para despertar a un mundo de sordos” C.S. Lewis.

¿ES POSIBLE ENTENDER EL PROBLEMA DEL MAL Y EL DOLOR DESDE LA SOLA RAZÓN FUERA DE LA TEOLOGÍA?

EL MAL Y EL DOLOR EN EL MUNDO

El Padre Cornelio Fabro¹, cuyo centenario de su natalicio estamos celebrando, en los últimos años de su vasta producción intelectual trata el misterio del mal en la vida de los hombres desde a la fe en Jesucristo, la existencia de Dios y el problema del ateísmo contemporáneo.

“En la cultura moderna, la reflexión sobre el mal, como sucede en casi todos los otros problemas del espíritu, se ha transformado en algo muy ambiguo: al descartar la perspectiva absoluta de la metafísica que sostenía la existencia del Absoluto y de sus derechos, el hombre se balancea entre perspectivas opuestas de olvido o indiferencia, de angustia o desesperación. O sea que se mece insensiblemente al compás de los hechos, cualquiera que éstos sean, o se lanza contra todo y contra todos... al punto que la conciencia de la mayoría se vuelve muchas veces incapaz de juzgar aún los sucesos de todos los días. Esto desemboca inevitablemente en el escepticismo ético que es el último escalón antes de pasar al ateísmo práctico²”.

Este ateísmo práctico, consecuencia de una filosofía que niega el Absoluto, es el escenario del problema del mal en la cultura moderna, aunque el problema del mal existe desde el origen del hombre, y a lo largo de la historia y hasta el fin de los tiempos:

“...la historia de la humanidad en general y de cada hombre en particular, más aún se podría decir que la totalidad de la naturaleza física y animal, con sus catástrofes, terremotos, aluviones, (tsunami)... y la historia del hombre con las enfermedades, guerras y muertes a toda edad y en todo lugar, se ha convertido en un espacio repleto de sufrimientos y dolores de todo tipo...³

“Ante tantos problemas, ¿porqué no interviene Dios? ¿De donde vienen tantos males? Es la pregunta que se hacía Plotino. Los lamentos que se alzan ante esta multitud de males físicos y morales, individuales y sociales... son inenarrables: desde el llanto de Eva ante el

¹ Cornelio Fabro, Flumignano, 24 de agosto de 1911 – 5 de mayo de 1995.

² Dios y el Misterio del Mal, Cornelio Fabro. *Reflessioni sulla Libertá*, traducción R. P. Elvio Fontana VE. Revista Diálogo vol. XXI, E.V.E. Mendoza, 1998, p. 7.

³ Dios y el Misterio del Mal, p. 11.

cuerpo ensangrentado de Abel asesinado por su hermano, hasta el último drama que está reservado al Anticristo (como afirma el Apocalipsis de San Juan), será un balance completo de todos los horrores y las perversiones posibles. Después pero sólo después de tal cataclismo, vendrá la victoria definitiva de Dios: así lo prometen los profetas, Cristo y también los antiguos poetas y filósofos⁴. Mientras tanto continúa la protesta del hombre por el mal y el dolor, por sí mismo y por los otros, por los justos y por los delincuentes: por la frecuente buena suerte de estos últimos y por la desgracia, los dolores y los sufrimientos de aquellos, los cuales han sido descritos con gran amplitud y amargura en el libro de Job y en el Eclesiastés. Tal es la realidad existencial que probablemente alguno de nosotros ya ha experimentado o está sufriendo”.

¿Quién de los presentes no ha sufrido males y dolores en la vida? ¿O los sufre actualmente?

“Respecto a lo que el hombre espera de la vida, la existencia le ofrece balance negativo, o se sufre por los propios males o se sufre por los problemas de los otros o se sufre doblemente, por los unos y por los otros. Se trata de males de todo género y a todo nivel de la existencia: males que afectan a los pequeños y a los jóvenes, a los adultos y a los ancianos, a los inteligentes o a los vivos, a los obtusos y a los simples, a los santos y a los malvados... La avalancha de males no conoce barreras ni distinciones, aún cuando afecte de diverso modo a unos y otros⁵”.

SANTO TOMÁS Y EL PROBLEMA DEL MAL.

Santo Tomás vio en el “mal” la primera dificultad para admitir la existencia de Dios: “Entendemos por este nombre Dios, un cierto bien infinito. Luego si Dios existiese no se encontraría ningún mal. Pero el mal existe en el mundo. Luego Dios no existe⁶” A esto el Angélico contesta con la célebre respuesta de San Agustín: “Dios es de tal modo el Sumo Bien que ningún mal permitiría en sus obras si no fuese tan omnipotente y bueno como para sacar bien del mismo mal”. Así Santo Tomás transforma la objeción misma en un argumento a favor: “Hoc ergo ad infinitam Dei bonitatem pertinet, ut esse permittat mala, ut ex eis eliciat bona⁷”, de este modo, la existencia del mal puede contribuir a exaltar la bondad de Dios en cuanto permite el mal para sacar un bien mayor.

⁴ La literatura sobre el problema del mal es interminable. La recopilación más completa parece ser la de F. Billhiesich.

⁵ Dios y el Misterio del Mal, p. 8

⁶ S. Th., I. q. 2, a 3, obj. 1.

⁷ Ibid. Ad 1.

A esta respuesta del Angélico, advierte Fabro, parece abrirse una grieta en el edificio de la creación que se suponía estructurada con orden y sabiduría; la respuesta de Santo Tomás sigue siendo de orden teológico formal, incluso cuando trata la naturaleza y el orden creado “*Utrum malum inveniatur in rebus*”: “Dios hace siempre lo mejor, más de cuanto lo hace la naturaleza. Luego en las cosas creadas por Dios no se encuentra nada malo⁸”. Responde en el corpus del artículo con el argumento de la perfección del universo que exige la desigualdad de los seres: “El todo que es el conjunto de las criaturas, es mejor y más perfecto, si en él hay cosas que pueden defecionar de algún bien, las cuales a veces defecionan cuando Dios no lo impide”. Sus respuestas siguen la línea teológica de San Agustín en el texto ya citado, y concluye diciendo: “De donde faltarían muchos bienes, si Dios no permitiese ningún mal”. Y continúa: “Pues no se genera el fuego si no se corrompe el aire, ni se conserva la vida del león, si no mata al asno; ni tampoco se alabaría la justicia del que premia y la paciencia del que sufre, si no existiese la iniquidad del perseguidor⁹”.

Cornelio Fabro comenta que esta respuesta del Angélico, fuera del contexto teológico podría parecer poco satisfactoria e incluso irritante:

“El asno no puede estar satisfecho de haber sido destinado a ser triturado por las fauces del león para que este se conserve en la vida y tampoco el justo y el que está sufriendo en un mar de problemas puede estar satisfecho de frente a tantos males que lo angustian y a la multitud de injusticias que lo oprimen, no puede estar satisfecho con una satisfacción meramente platónica o kantiana como la que aquí se firma. Santo Tomás desarrolla de este modo el tema del mal bajo la continua guía de San Agustín y del Pseudos Dionisio que son los máximos teóricos en la materia, pero, para ellos el origen del mal no parece un gran problema: el mal forma parte del orden de la creación, el mal proviene del bien, a saber de un bien imperfecto. ¿Pero qué significa un bien imperfecto? ¿Un bien que en parte no lo es? Un bien imperfecto que se convierte en mal, que cae en el mal... es una contradicción y para el hombre la creación se convierte en una burla, peor aún, en una condena anticipada. San Agustín y Santo Tomás lo han advertido muy bien y entonces se preocuparon de que aquellas respuestas formales fueran bien reales, primeramente bíblicas y luego racionales¹⁰”.

De este modo se puede observar en las Sagradas Escrituras argumentos posibles al problema del mal a los que se hacen referencia de modo abundante, pero la solución especial

⁸ S. Th., I q. 48, a. 2.

⁹ S. Th., I q. 48, a. 2. ad 3.

¹⁰ Dios y el Misterio del Mal, p. 11.

del Aquinate se dirige al misterio de la Encarnación y por lo tanto vuelve a elevar la respuesta radical al problema del mal en la vida sobrenatural de la fe y la gracia divina.

Santo Tomás siguiendo la tradición teísta en defensa de la divina Providencia demuestra que aún después del pecado original, Dios no ha abandonado al hombre a su ruina, sino que como un padre amoroso está siempre pronto a guiarlo y asistirlo constantemente con su Sabiduría¹¹. Y afirma que los primeros filósofos buscando la verdad con gran diligencia y perspicacia llegaron al concepto de Providencia o sea a la convicción de que están regidos por cierto intelecto supereminente, Pero aún a ellos les quedó una sombra respecto a los eventos humanos: si estos sucedían por casualidad o eran gobernados por alguna providencia u ordenación superior.

En este punto comenta el padre Fabro: “Esta vez Santo Tomás pone en primer lugar la consideración existencial, o sea la convicción de que en el campo moral reina el máximo desorden al punto que parece triunfar la injusticia y sucumbir la honestidad y la virtud: “No siempre de los bienes surgen bienes o de los males surgen males, ni tampoco siempre de los bienes surgen males o de los males bienes, sino indiferentemente de los bienes y males surgen bienes y también males”¹²”

Para Santo Tomás es muy claro el camino de solución en la línea de la providencia divina, ya que afirma que no existe nada que aleje a los hombres de los males y los induzca a los bienes cuanto el temor y el amor de Dios. De otro modo al eliminar la providencia no permanecerá en los hombres ninguna reverencia a Dios o temor para con la verdad y de ello se seguiría todo tipo de desidia respecto a las virtudes y toda prontitud para los vicios. En el comentario al libro de Job, el Angélico explica que es “la aplicación a los justos” lo que más escandaliza y fuerza a negar la providencia: que de los males a veces provengan bienes, aunque parezca irracional a primera vista y contrario a la providencia, sin embargo en cierto modo puede excusarse por la misericordia divina; pero que los justos sin ninguna causa sean afligidos parece destruir todo fundamento a la providencia.

Pero bien sabemos que fuera de Cristo y la Virgen su Madre nadie puede ser llamado verdaderamente justo, (Romanos. 5, 12) Debemos considerar que el hombre fue creado inmortal por Dios, incurrió en la muerte por el pecado del cual fue redimido el género humano por Cristo, cosa que Job, por espíritu de fe, previó.

¹¹ S. Th. III, q. I, a. 1.

¹² Dios y el Misterio del Mal, p. 13.

RESPUESTA AL PROBLEMA DEL DESDE EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

En la cuestión I de la III parte de la Suma Teológica la doctrina tomista sobre la Encarnación es una respuesta de naturaleza trascendental tomada de los mayores padres platonizantes, Dionisio y Agustín. Del primero se extrae el principio: *bonum difusum sui*, de donde la razón del sumo bien le corresponde que se comunique a la criatura en sumo grado. Agustín en cambio, da una explicación antropológica. En el artículo 1, Santo Tomás ve como motivo principal de la encarnación, es la “satisfacción adecuada” y más conveniente a la malicia infinita del pecado que es el mayor mal del hombre (ad 2). Sin embargo el problema del dolor parece todavía abandonado entre sombras.

Más adelante, en la *Vita Christi*, considera que el fin de la Encarnación era merecer la remisión de los pecados y la salvación eterna, y describe a continuación los dolores y pasión de Cristo, sufridos por todos los pecados de todos los hombres: “Siendo verdad, como realmente lo es, y al mismo tiempo tan conmovedor para las almas más devotas y en particular para los místicos que han participado más directamente en su alma y en su cuerpo de los dolores de la Pasión de Cristo, que los dolores sufridos por el Hijo de Dios superan toda capacidad humana de comprensión, permanece abierto el problema del origen primero del primer pecado del cual derivan *in radice* todos estos males no sólo para nosotros pecadores sino también y más todavía para Cristo que ha querido salvarnos mediante sufrimientos desgarrantes aún cuando en los Evangelios estén narrados de modo sucinto o apenas insinuados”¹³... “Se navega siempre en el misterio que permanece igualmente escondido en el misterio fundamental del pecado original y de su transmisión a todos los hijos de Adán: perdonando el pecado original por el bautismo, permanecen aún las consecuencias morales (inclinación al mal de todos los vicios capitales), las consecuencias físicas (debilidad, deformaciones congénitas, enfermedades, pobreza, calamidades naturales y todas las derivadas de la técnica y finalmente la muerte). Hoy para la conciencia de los modernos, se hace necesaria una fe de tal fuerza, o sea una gracia muy singular, para aceptar como “permitidas” por un Dios bueno (que lo podría impedir) una situación así cargada in crescendo de horrores y errores. Esta situación es capaz de poner en crisis incluso a los creyentes y bien intencionados y llevarlos al límite de la desesperación a incluso del suicidio...”¹⁴.

En resumen, hay un velo del misterio que se cierne sobre la libertad humana y el pecado original y sus consecuencias para poder comprender el mal y el dolor en el mundo.

¹³ Dios y el Misterio del Mal, p. 16.

¹⁴ Dios y el Misterio del Mal, p. 18.

EL ABANDONO EN DIOS RESPUESTA AL PROBLEMA DEL MAL Y EL DOLOR

“Aún después de la venida de Cristo, el mal, tanto físico como moral, continúa presente en el mundo e incluso, en ciertas épocas, vividas recientemente y que todavía perduran, parece prevalecer el mal sobre el bien, la perfidia sobre la bondad, lo torcido sobre lo derecho, la violencia sobre la justicia... El espectáculo del mal físico y moral, y las fuerzas que aumentan con el progreso y amenazan con causar nuevos males y nuevos dolores pueden perturbar las conciencias más honestas y fuertes - ¡sobre todo a estas! -. En el plano existencial, ninguna filosofía está en condiciones de responder al problema del mal; y la teología, si no quiere contentarse con subterfugios dialécticos que más bien son capaces de irritar la susceptibilidad del hombre de hoy, debe apelar a una fe bien robusta y a un don muy particular de la gracia que en teología mística se llama “abandono en Dios” en plena conformidad con su voluntad. El abandono en Dios es entonces el estado existencial que más se adecua a los hijos de Dios, tal cual deben ser los cristianos”.

El padre Cornelio Fabro estudioso de la obra del danés Kierkegaard¹⁵, encuentra en sus textos este sentido de abandono como la forma más alta en que el hombre puede relacionarse con Dios. Este pensamiento coincide con la doctrina de los místicos cristianos y el nuevo testamento; el hombre se relaciona con Dios como el niño con sus padres que están del todo atentos a él. Dios da siempre la ayuda suficiente de la gracia con la cual éste lo puede amar y servir sobre la tierra. Así como Dios da todo gratuitamente al hombre (alma y cuerpo) así el hombre debe responder a Dios sin condiciones; a esto considera el filósofo Danés un segundo nacimiento el de “volverse como niño”, expresado también con gran altura en la obra de la doctora de la Iglesia Teresita de Lisieux.

Fabro resumiendo la teología de Kierkegaard escribe: “Es la verdadera vida del espíritu en el cual “retorna todo el espíritu de la infancia, pero a la segunda potencia”, es decir con la absoluta confianza de la fe. La existencia del espíritu de abandono consiste en considerarse “menos que nada delante de Dios” y de creer al mismo tiempo “que Él se ocupa incluso de las cosas más mínimas”, como de los pájaros del cielo y de los lirios del campo. La vida del espíritu procede en sentido inverso al natural: en ella se crece “haciéndose siempre más pequeño”. El abandono en Dios es la prueba suprema de nuestro amor por Él y el sello de la fe: da la fuerza para soportar todas las pruebas y adversidades de la vida viéndolas como un “signo” del amor que Dios nos tiene. Así nos lo enseñan los Modelos (los santos): “el ser amados por Dios y amar a Dios es sufrir”. Por lo tanto el cristiano que quiere pertenecer a

¹⁵ Escritos edificantes y el Diario, Kierkegaard.

Cristo debe abandonarse totalmente a Él, porque estas dos cosas – amar y abandonarse – se equivalen entre sí: es necesario “remar mar adentro” donde el agua mide profundidades de 70.000 pies. El abandono en Dios es lo que se nos hace vencer la angustia y la desesperación. En conclusión – y ésta es una observación de la metafísica existencial para Kierkegaard – debemos saber que cuando el hombre se abandona en Dios el modo (el como) expresa la esencia misma de la relación... Aquel que no entra en relación con Dios en el modo del abandono absoluto, no entra en relación con Dios¹⁶”

La metafísica mística del filósofo Danés es contundente en una respuesta de fe robusta que haya ejemplos bíblicos en Abraham y Job pero especialmente en la Bendita entre las mujeres, la Madre de Dios, la Virgen María¹⁷.

CONCLUSIÓN: FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Resolver el problema del mal sólo es posible con y en la fe en Cristo. El mal físico y moral existe, y existirá hasta el fin de los tiempos, por la estructura finita de las cosas pero sobre todo como consecuencia de un desorden o rebelión original del hombre contra Dios, de una mancha en el fondo del alma. Por ello la tradición cristiana siempre ha enseñado ante el mal y el dolor el obrar con fe, resistir con esperanza y sufrir con el amor.

Admite Fabro con mucha insistencia que la filosofía no resuelve, no puede resolver, el problema del mal, peor aún, ha hecho de todo para oscurecerlo confiándolo al no ser. El problema del mal entonces no admite, ninguna solución puramente filosófica: la solución que de él han dado los diversos sistemas, sean optimistas o pesimistas, son simples intervenciones de un *deus ex machina* que no significa nada para el hombre existente, y que incluso lo ofenden.

Sólo en la perspectiva de la fe cristiana el mal recibe un sentido y una solución positiva de salvación para el hombre y para todo hombre: “Por tanto, por paradójico que pueda parecer, nuestra conclusión es que justamente la existencia del mal en la historia del hombre, sea como individuo, sea como sociedad, se transforma, en la reflexión de la fe, en prueba y exigencia, más aún en la certeza absoluta de la existencia no sólo de un Dios, primer Principio, sino del Verbo que se ha unido a cada uno de nosotros por la gracia y, en fin, del Amor que nos ha sido comunicado más allá de todo mérito y medida. Es así que en el Nuevo Testamento se lee: “nuestro dolor se transformará en gozo” (Jn. 16, 31) incluso en esta vida¹⁸”.

¹⁶ Dios y el Misterio del Mal, p. 19.

¹⁷ Timore e tremore, Kierkegaard, 1843.

¹⁸ Dios y el Misterio del Mal, p. 43.

Quisiera concluir esta comunicación reflexiva en torno al tema del misterio de Dios y el problema del mal con las palabras de su Santidad, Benedicto XVI en el reciente mensaje pascual de 2011¹⁹ : “Vayamos tras Él en este mundo lacerado, cantando el Aleluya... En nuestro corazón hay alegría y dolor, en nuestro rostro sonrisa y lágrimas. Así es nuestra realidad terrena”.

María de los Ángeles González

¹⁹ Cfr. Zenit agencia informativa. www.zenit.org.